

# **VOCACIÓN Y MISIÓN DEL LAICO. SU FORMACIÓN.**

Escrito de marzo - 2007.

Antonio García Rubio. Párroco del Pilar.

\*\*\*

**MANUAL DEL LAICO EN BUSCA DE FORMACIÓN PARA MANTENER  
SU VOCACIÓN Y SU MISIÓN ACORDE CON LA FE CRISTIANA, Y  
EN EL MARCO DE LA PARROQUIA.**

Quisiera enseñaros, en estos pocos minutos, el manejo de las artes necesarias para avanzar, con seguridad, inteligencia y gozo, en el aprendizaje de la formación necesaria para que se asiente en vuestras personas el cultivo de vuestra vocación, y para que podáis colaborar en el desarrollo de vuestra misión eclesial, la misión del mismo Cristo, en el centro de la vida social y humana, en medio de las realidades terrenas: en la familia, la empresa, el sindicato, la asociación, la ONG, la universidad, los compañeros, la vida cultural, la vida social, los medios de comunicación, en el tiempo de ocio...

No voy a ofrecer os ninguna regla inequívoca. Pues, a veces, lo que es bueno para unos, no lo es para otros. Lo que favorece el crecimiento y el desarrollo armónico de unos, aletarga y paraliza el de los otros. El ser humano no es una máquina que se programe y, menos aún, en todo lo relativo a la formación para la vocación y la vida espiritual, y para la misión pastoral. En la formación, si se plantea bien, acaban incidiendo todos los

aspectos que envuelven y constituyen al ser humano y cristiano, al bautizado en nombre de Cristo: el histórico, el psicológico, el normativo, el tradicional, el social, el familiar, el moral, el ambiental, y, por supuesto, el formativo...

El ser humano capta todo lo que vive, lo repasa, y lo interrelaciona con lo que sabe, con lo que siente, con lo que experimenta y conoce cada día, y eso lo realiza en lo profundo de su conciencia, propiciando unas mezclas tan ilimitadas que no es posible sacar recetas idénticas para todos. Por eso, cada pista formativa que voy a sugeriros, en el marco de la vida parroquial, ha de ser estudiada con detenimiento por cada uno, experimentada con sosiego, y contrastada con otros hermanos de la comunidad eclesial, con los sacerdotes y con otros laicos que se encuentren en situaciones similares.

Éstas son:

### **A. - EL "FIN" DE LA FORMACIÓN SIEMPRE EN EL CORAZÓN. -**

Recuerdo un poema de Kostantin Kavafis, titulado "*Ítaca*", en el que recomendaba al navegante "*llevar siempre a Ítaca en el corazón*".

A lo largo de la travesía de la vida, cada mañana y cada tarde, el solitario navegante de esta sociedad de individualistas, de cansados navegantes, de corredores de fondo, debe tener presente y hacer memoria del motivo y el fin por los que comenzó su viaje. Lo mismo les pasa a los que peregrinan a Santiago. Todo lo que suceda en el camino, con la presencia del fin en el corazón, estará lleno de sabor y de sabiduría. Y, al llegar al destino final, al fin, se tendrá la impresión de que lo que tanto apetecía y se buscaba había sido ya gustado en cada jornada.

La vocación, la llamada del Señor y nuestra respuesta, eso que se cuece en la interioridad del corazón, y que se aclara en una conciencia que se abre ante el misterio de la vida humana y el Misterio de Dios, es el paso previo a

todo camino de formación. Cada uno de vosotros, laicos comprometidos con la misión de la Iglesia, tiene que cuidar y cultivar, como paso esencial, su propia vocación y su llamada. Cuidar la vocación, en el proceso formativo de cada uno de nosotros, supone dedicarle un tiempo y unos medios considerables al cuidado de la propia vocación. Para el que se encuentra, pues, en estado de formación, algo que no le debería faltar nunca, a lo largo de su vida de fe y de entrega a la misión de Cristo, es la conciencia de tener siempre clara en su alma la idea del fin. Ítaca en el corazón. Jesús en el corazón. El Reino en el corazón. El amor a los pobres en el corazón, el encuentro liberador en el corazón...

Perder el fin, perder el calor de la llamada, la conciencia de la vocación, la posibilidad diaria del encuentro con el Señor, es perder el sentido y el camino de la formación; y eso nos adentrará en vías de perdición, de amnesia, de desinterés, de locuras y pasiones interesadas, de abandono del camino formativo, de pasotismo...

Conviene que no nos perdamos en la selva de la vida. Y más con la superficialidad y la violencia que dominan el ambiente en el que nos movemos. Para eso, os propongo que agudicéis vuestra inteligencia de la fe, y la pongáis al servicio del proyecto formativo de vuestra vocación y misión como cristianos.

Para encontrar el fin, todos, hemos de andar el camino con un cierto orden. Para eso, hemos de procurar enganchar con las experiencias básicas de nuestra vida de fe.

Y, a la vez, hemos de aprender a esperar, sabiendo que nos situamos en un proceso que ha de ser vivido de modo paciente. Pues todo lo bello, noble y auténtico tarda en aparecer. Le pasa lo mismo al montañero sediento, cuando busca un manantial que le refresque. Lo que ha de provocar nuestro afán y la atracción por la formación, aparecerá cuando menos lo esperemos. La alegría, entonces, será mayor y estará asegurada. Si el

cuidado de nuestra vocación es correcto, el deseo de formación estará asegurado.

Esto es esencial para que crezca en nosotros una seguridad básica. Y es lo que nos ha de dar el inicio de una confianza ilimitada. Eso es lo que nos hará gustar y apetecer, con atracción creciente, un camino formativo que nos dará *"vida y vida abundante"*.

El hombre y la mujer actuales, hijos de la influyente y poderosa cultura postmoderna, no están, sin embargo, especialmente capacitados para un encuentro consigo mismos y con el fin básico que les da vida; un encuentro que sea fruto de espacios anchos, de largas horas y de prolongadas experiencias de formación, de silencio y de oración. Esta cultura es laboriosa y agitada, llena de alternativas y de entretenimientos, apesadumbrada e implacable en su falta de tiempo para reposar y gustar. Por ello, es preciso plantear la formación con paz y seguridad, pero también con un método que sea adecuado a la realidad humana y cultural del momento presente. Propongo trabajar el cuidado de nuestra vocación y nuestra vida interior a base de catas, de perforaciones, de inmersiones y de momentos precisos de formación que nos llenen de luz.

Madeleine Delbrêl estudia este tema de modo esponjoso y dice cosas como éstas: *"Para la oración tenemos racionado el espacio, y ese espacio que nos falta deben sustituirlo las perforaciones... Estemos donde estemos, allí está Dios también. El espacio necesario para reunirnos con Él es el lugar de nuestro amor... Amar a Dios lo bastante para querer estar con Él, llevar con nosotros el deseo de ese amor... Algunos minutos de una oración así nos darán a Dios, y nos lo darán más que muchas horas, quizá sumamente recogidas, pero que no han estado precedidas por un deseo vivo y voluntario"*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Madeleine Delbrêl, *La alegría de creer*, Ed. Sal Terrae, Santander 1997, p.218-219.

Aprendamos, pues, lo primero de todo, a tener el fin en el corazón, a base de momentos privilegiados de oración y formación que nos vayan propiciando o preparando: en ratos de oración personal, en pequeños cursos parroquiales, en cursos específicos que recibamos en el arciprestazgo, en la vicaría, en la diócesis, en las facultades de teología, en las reuniones de las pequeñas comunidades o grupos de fe, en las celebraciones litúrgicas, en el encuentro diario con la Palabra de Dios, en las conversaciones, en el acompañamiento espiritual, en la eucaristía, etc.

## **B. - EL DIOS AMOR ES EL FIN, Y NO DEBE HABER OTRO. -**

No conviene equivocarse y es preciso que llamemos a las cosas por su nombre. Estamos viendo demasiada gente decepcionada de sí misma, del vacío del lenguaje religioso, de la superficialidad ambiental, cultural y social, o del vacío del corazón humano, para que esquivemos el tema de fondo: el fin en el que creemos, y del que damos fe, pues hemos sido constituidos como testigos. Sólo el encuentro con el Dios Padre, el Dios personal, lleno de sentido positivo, y expresión suprema de la bondad y del amor, del que nos habla Jesucristo, puede calmar la sed de comprensión y de formación del corazón y de la mente del laico cristiano.

Sabemos que el encuentro interpersonal, amoroso o de amistad, es capaz de equilibrar la vida de los seres humanos. No son las cosas, ni las ideas, ni los sentimientos etéreos, ni los pensamientos, ni las ideologías, ni los conceptos los que llenan de felicidad y de sentido la vida del laico cristiano.

Es el amor, que nos llega desde otras personas, el que se realiza en las tareas formativas, el que tiene capacidad para transformar, elevar, dignificar y llenar de sentido positivo, en crecimiento continuo, al laico cristiano.

Un ser personal es el único que puede hablarnos, el único que puede comunicarse con nosotros a pecho descubierto, y con libertad. El único en el que podemos confiar. Un ser personal, con toda la potencialidad positiva

imaginable, y que sea la Fuente del Amor, es el que puede darnos las alas necesarias para volar alto, como el águila, y para gozar de la dicha de formarnos, de cuidar de nuestra vocación y de desarrollar nuestra misión en medio del mundo. *"Porque cuanto más desnudo y libre sea el ánimo que se abandone a Dios, siendo sostenido por Él, tanto más hondo será colocado en Dios el hombre y será susceptible de hallar a Dios en todos sus preciosísimos dones. Pues el hombre ha de confiar sólo en Dios"*<sup>2</sup>.

No se puede, ni se debe, favorecer la osadía de una formación abstracta o en el aire. No puede darse otro fin que la plena posesión del Amor, que es Dios, y de la contemplación de un rostro, que el hombre no puede ver, pero por el que pronto descubre una gran vocación y atracción. El rostro de Jesucristo nos encamina de lleno a ver el rostro de Dios. Desde esta experiencia esencial a la vida de fe, podremos encarar con fe y con decisión nuestro trabajo a favor de la fe y de la vida de los hermanos y de este mundo, sediento de Dios, sediento de paz, sediento de justicia y de fraternidad.

Hemos de aprender, en la primera fase de la formación, a trabajar por ella de modo que nos sintamos nosotros mismos los primeros atraídos por la búsqueda y el descubrimiento del Dios del Amor, y del Señor de la Vida, Jesucristo, como el fin verdadero de nuestra existencia, abandonándonos libremente en sus manos, y dedicándonos al servicio de los hermanos. Nadie da lo que no tiene. Si esta parte no nos la tomamos en serio, difícilmente servirán para mucho todos los procesos de formación, por buenos que puedan ser, que entablemos.

**C.- LA FORMACIÓN QUE NOS OFRECE LA IGLESIA HA DE SER ABIERTA A TODO Y A TODOS, PERO EDUCANDO EN NOSOTROS LA CAPACIDAD PARA SELECCIONAR SIEMPRE LO POSITIVO, LO BUENO, LO SANTO Y LO SALUDABLE.-**

---

<sup>2</sup> Maestro Eckhart, *op. cit.*, *Tratados*, p. 128-129.

Pero, el laico cristiano no vive para sí mismo, sino que vive para sus hermanos, vive para Dios, y vive para dar razón de su esperanza en medio del mundo. Y esto ha de hacerlo, sobre todo, con el testimonio de su vida, entregada, servicial y comprometida con el dolor de la humanidad. Y después, sólo después, con su palabra de vida, la aprendida mientras se recuesta cada día, perforando la realidad, en el costado de Cristo. Con esta palabra, con humildad y sin prepotencia alguna, iluminará la dura e inhóspita realidad humana y social en la que vivimos y viven especialmente los pobres.

El cultivo, pues, de una vida auténtica, y de una formación adecuada para vivir la fe, y para dar razón de la misma, se convierte en una tarea absolutamente necesaria e imprescindible para los laicos cristianos.

Algunas tradiciones y algunos grupos han intentado hacer de la formación una tarea cerrada, en la que sólo pueden entrar unos cuantos elegidos y recibir unos contenidos fijados por el prejuicio de algunos manipuladores de la mente de las personas. No podemos decir que el cultivo de la formación haya sido, en la historia de la fe católica, una tarea cómoda o común o fácil para los laicos cristianos. La tarea suele estar llena de zancadillas, de obstáculos y de decepciones. Por eso, tantas veces, los laicos no suelen sentir una gran fascinación por la formación.

Falsearíamos la realidad si nos planteásemos el cultivo de la formación como algo común y general que se da en la vida de la Iglesia. Pero no podemos dejar de llamar a todos los laicos a que entren en la vía de la formación. También hemos de resaltar que la llamada a la formación, ya desde antes del Concilio, pero especialmente tras el mismo, se ha convertido en una exigencia fundamental para todos aquellos laicos que asumen como propia la misión de la Iglesia.

Los que se inician en este aprendizaje han de mantenerse abiertos y sin miedo ante todo lo que la Iglesia le ofrece. Los instrumentos formativos

que llegan hasta nosotros están puestos para nuestro aprendizaje. No podemos desdeñar nada por principio ni por prejuicios.

El laico cristiano en formación no puede desdeñar entrar en todos los contenidos posibles y sin miedo si está bien afianzado en el fin, pues la sociedad postmoderna en la que vivimos nos pone y propone, cuando no impone, todos los aspectos de la vida encima de la mesa. Y a todos hemos de entrar, aunque sea para luego quedarnos sólo con lo bueno y saludable, con lo que es el bien al que adherirnos.

La apertura del laico es esencial en esta aventura. Y esa apertura está directamente relacionada con el Misterio de Dios, con el Misterio Trinitario y con el corazón humano que la actualiza. La conjunción entre la humildad de tu corazón, la inteligencia de tu fe y la luz del Misterio Trinitario hacen posible que vayamos adquiriendo una conciencia lúcida, responsable, creciente, abierta al amor y capaz de superar la negatividad que constituye el fondo de sombra de la vida social actual. Hemos de conocer la negatividad que ensombrece y enloquece al espíritu humano, también al nuestro, y que se esfuma, sin embargo, cuando le perdemos el miedo y nos abrimos, como una rosa en primavera, ante el Misterio de Dios y ante la vida apasionante y sufriente de la humanidad actual.

Lo positivo y saludable que nos ayudará en la gran travesía de la vida, al dejarnos llevar, se nos ofrece con libertad y gratuidad, y nos hace sentir libres, humildes y naturales, sin rebuscamientos. Lo saludable nunca es interesado ni retorcido. *Agua clara* es la que el laico ha de buscar con una formación abierta, sincera y basada en el conocimiento de Dios y en el conocimiento de la naturaleza y el ser humano.

Aprendamos a descubrir, gracias a la acción del Espíritu Santo en nuestra formación, lo bueno, lo que nos hace bien y hace bien a nuestros hermanos, a los que deseamos servir, a los que estamos llamados a dar testimonio, y

trabajémoslo con apertura de corazón, y sin cejar en el empeño de formarnos con perfección.

#### **D.- EL CONTRASTE INTERPERSONAL NO SE PUEDE DESDEÑAR EN LA FORMACIÓN ACTUAL.-**

Vivimos un mundo en el que para bien o para mal, todo se discute, todo es objeto de debate y de contraste. Cualquier opinión de las que recibimos puede acabar siendo un arma peligrosa o una solución miserable. Todos hemos conocido personas que no se han contrastado nunca con otras, aunque se hayan visto semanal y oficialmente con un llamado 'maestro'. También hemos conocido a otras que no parecen contrastarse con nadie especialmente, y, sin embargo, se están contrastando de modo creciente. Una formación que no nos ayude a contrastarnos con los demás, aunque éstos sean nuestros potenciales enemigos, no nos desarrolla humanamente, no nos cultiva interiormente, y corre el riesgo de pudrirse dentro de nosotros; una formación impuesta corre el riesgo de ser manipulada, y de convertirse en último extremo, en agua estancada. Y la humanidad actual, con la bazofia formativa que recibe, sobre todo a través de los Medios, huele ya demasiado a manipulación y a aguas estancadas. El laico que asume una formación en la que ve empujado a contrastarse, entra en una dimensión comunitaria necesaria para un proyecto cristiano formativo en la verdad que nos hará libres. En la formación cristiana de los laicos es precisa la comunicación humana y divina. Y la comunicación hoy está fallando por todos los caminos, a pesar de las posibilidades de comunicación supersónica con la que contamos.

No podrás dar un paso firme y confiado si no miras y escuchas los latidos y las sombras de otras vidas semejantes a la tuya. El escuchar y el saberse escuchado, en la dimensión interna de la persona, es una tarea permanente de la que no podemos escaparse, salvo que queramos quedarnos estancados. Pero el que se estanca es difícil que favorezca el desarrollo de

la fe de sus hermanos, que es lo que busca la misión de la Iglesia, para la que nos preparamos.

No existe ningún maestro o formador de la vida cristiana actual, que desdeñe la necesidad de sentirse contrastado y acompañado en el camino formativo por los pasos, las palabras y los ojos de otros hombres experimentados, de otros que estén igualmente en el camino, o de los seres humanos que buscan, que pecan, que se alejan, que denigran, que son, en último extremo, un reto para nuestra fe y para una transmisión auténtica de la fe cristiana.

Considero necesario el contraste en la formación de los laicos cristianos, entre otras cosas porque diariamente estarán teniendo que aportar su fe, su esperanza y su cordura delante de personas que no compartirán su saber, su espíritu y su fe; el personalizado, siempre que no exista riesgo de manipulación y la persona acompañada tenga acceso a otros contrastes y a otros acompañantes; y me parece fundamental el contraste comunitario, el que se produce en un pequeño grupo o puede ofrecernos una gran tradición y una gran comunidad, como nosotros tenemos en nuestras comunidades parroquiales.

Y no olvidemos que los dos grandes contrastes son los que podemos vivir tanto en la relación privilegiada con el Misterio personal que anida en nuestro corazón, como con el pueblo humilde del que formamos parte y con el que compartimos el mundo cada día: la familia, los compañeros de trabajo, los hermanos de la comunidad, los pobres, enfermos y pequeños a los que servimos y amamos cada día.

Procuremos entre todos una formación, en el marco de la Parroquia que nos anime y cultive para el contraste con Dios, especialmente a través de Jesucristo y con el resto de los caminantes y compañeros de nuestra andadura. No nos cerremos en nosotros mismos, o en nuestros prejuicios, conocimientos o criterios.

## E. - VIVE EL PRESENTE CON UNA CONCIENCIA DIÁFANA. -

Se dice que el presente es el tiempo de Dios y el tiempo del Misterio. Vivir del pasado o mirando al futuro es algo típico de nuestra determinación en el tiempo y de nuestra finitud. El pasado y el futuro son percepciones humanas que alimentan las fragilidades del ego, pero que pueden no facilitar un crecimiento acompasado de la interioridad. El sometimiento al tiempo nos hace vivir en ansiedad y culpabilidad. Ansiedad por lo que no llega o se teme su llegada; y culpabilidad por lo que ya no es, pero que pesa como losa de mil kilos.

El presente es el tiempo de la creación, del diálogo, de la relación armoniosa y del gozo. Sólo se goza de lo que se tiene plena conciencia, y la conciencia necesita vivir positivamente, y en presente, para que su desarrollo sea equilibrado y auténtico. El presente posibilita el encuentro distendido con el Otro, con Cristo, que despierta una conciencia diáfana, y que se ensancha en la medida misma en la que se pone en práctica. *"Tú que en el aprieto me diste anchura"*, que reza el salmo.

La salud mental, que favorece una buena formación para los laicos, por la que hemos de trabajar en el marco de la parroquia, es hija de la vivencia del presente que es Dios, y que nosotros hemos de asumir y aceptar con paz, con sosiego y con confianza ilimitada en el poder del amor, que es el poder de Dios que actúa en el mundo. La formación nos ayudará a vivir siempre la experiencia de presente del amor de Dios que se actualiza en cada acto humano, en cada relación mística, en cada relación humana de servicio al prójimo, en cada palabra que transmite fe o esperanza. Los frutos de la formación serán posibles en la medida en que nos centremos en tu presente del amor de Dios. Es aconsejable, para cualquier laico que se pone en vías de formación cristiana, que haga, a lo largo del día, experiencias diversas de una conciencia que se pone en presente. Para ello sólo hemos de aprender a cerrar los ojos, a respirar sosegadamente, a retirarnos un poco de lo que nos despista, y a poner el corazón, la

inteligencia y el ser en las manos suaves de Quien te arrulla y alienta. Para el laico cristiano no existe otro tiempo más que el de Dios, y eso lo aprende en el tiempo de formación y en el espíritu de quien se sabe en formación permanente de su persona.

Aprendamos a vivir el presente de Dios para que se ensanche nuestro corazón y podamos mantenernos en actitud formativa cada uno de los días de nuestra vida. El se forma en el corazón de Dios, sabe, en cada presente dar razón de su esperanza.

### **F.- TRABAJA CON LECTURAS, CLASES Y FORMACIÓN TEÓRICA QUE ALIGEREN TU MENTE Y TU CAPACIDAD DE COMUNICAR.-**

La formación es absolutamente necesaria para el cuidado de nuestra vocación y para el desarrollo de nuestra misión. Lo venimos diciendo a cada paso. ¿Dónde podemos encontrar la formación necesaria en el ámbito parroquial? ¿Dónde están las fuentes del saber cristiano en la parroquia?

La Palabra de Dios es el lugar común en el que se realiza un encuentro formativo singular y comunitario. Mucho, casi todo, nos lo tiene que decir y aportar la Palabra de Dios, especialmente en la oración, en la eucaristía y a través de los hombres y mujeres de fe que viven y transpiran esa Palabra después de pasarla por sus vidas, y por la vida y la tradición de la Iglesia. Ahí está "*la verdadera fuente que mana y corre*". La Palabra de Dios, vivida y trabajada en el presente, sin perder de vista el trabajo realizado a lo largo de los siglos por la Iglesia. Conocer, estudiar, aprender a interpretar la Palabra de Dios, es la tarea más importante de la formación de un laico cristiano.

No existe ningún instrumento de formación más privilegiado, siempre que se haga de ella una utilización correcta. El trabajo formativo sobre la Palabra de Dios, tanto en clases teóricas, como en el trabajo diario con la *lectio divina*, como el mejor medio para llegar a la *contemplatio*, verdadero fin de la formación, es el camino. En la Palabra se nos marcan los ritmos y

los caminos a recorrer para hacer posible la misión evangelizadora de la Iglesia en la cual estamos metidos: *"La lectio divina es la forma más tradicional de cultivar la oración contemplativa... consiste en escuchar los textos de la Biblia como si se conversara con Dios y éste sugiriera los temas de diálogo. Quienes siguen el método de la lectio divina cultivan la capacidad de escuchar la palabra de Dios en niveles de atención cada vez más profundos..."*<sup>3</sup>.

Todo laico que quiera participar de la misión de la Iglesia, sabe que el camino se ensancha y se agranda en la medida en la que se ejercita con una buena escucha y formación en la Palabra.

El camino de la formación en la parroquia ha de sortear obstáculos permanentes. La formación nos ensancha la mente y el corazón en la medida en la que nos entregamos y desgastamos por aquello que amamos. La formación se nos irá haciendo cada vez más profunda, más purificadora y más atrayente, en la medida en la que vayamos sorteando dificultades y dejando que Dios esté en el centro de la vida.

Cualquiera otra lectura espiritual, además de la Palabra de Dios, es motivo de nuevas aperturas y crecimientos en el cultivo de la formación de la conciencia. Leer es fundamental y encontrar buenas lecturas, es necesario. La parroquia ha de favorecer la programación de cursos sobre la Palabra y sobre los contenidos de la fe de la Iglesia, a la vez que ha de facilitar los libros y las lecturas oportunas para cada persona y para momento del crecimiento espiritual, intelectual y pastoral. El laico, por su parte, ha de convertirse en un buscador nato de lecturas con las que entrar en un diálogo de hondura con el mundo al que quiere servir y dar a conocer la Palabra de Dios. La lectura es un modo privilegiado de entrar en contacto con el alma de otros creyentes, de otros seres humanos, con sus luchas,

---

<sup>3</sup> Thomas Keating, op. cit. p. 41.

sus dudas y sus esfuerzos por encontrar la gracia. Y, así, algún día, podremos decir que: *"Tu gracia vale más que la vida"*.

La formación sobre la Palabra y la vida de otros hermanos en la fe es un camino del que no puede prescindir el laico en formación.

**G.- LA FORMACIÓN DE LOS LAICOS CRISTIANOS HA DE AFIANZARSE TAMBIÉN, JUNTO AL CONOCIMIENTO DE LA PALABRA DE DIOS, EN EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR ACTIVO Y CONTEMPLATIVO POR EL POBRE Y EL INOCENTE MENESTEROSO.-**

*"Ser menesteroso y compartir la suerte de los menesterosos"*. Menesteroso, según el Diccionario, es: *"Falto, necesitado, que carece de una cosa o de muchas"*. Al ver la palabra *"falto"* como definición de menesteroso, se me ha llenado el corazón de ternura. El pueblo llano suele llamar *"falto"*, o *"faltito"*, con cariño y ternura, a los discapacitados. Y yo me he sentido un faltito. Desde siempre me han atraído con fuerza estos hermanos y he ayudado a poner en marcha algún que otro club, en el que he podido gozar de ellos y de monitores admirables, entregados hasta darnos envidia sana por tanto derroche de energía amorosa.

En estos *"santos inocentes"* de nuestra sociedad yo he percibido la mano milagrosa de Dios y con ellos se me ha ensanchado el corazón de un modo peculiar. En la formación de los laicos cristianos hemos de cultivar el conocimiento de la realidad de los faltos, de los carentes de todo poder, de todo futuro, de toda 'plata' y gozar con su presencia, como goza el tomillo al lado del romero en la falda de la montaña.

Faltos somos muchos, y eso puede tener su lado maravilloso. El falto, el carente, tiene necesidad, mendiga amor, y da amor. Pocos dan tanto amor como un discapacitado. Pocos reclaman tan radicalmente el amor como ellos. La formación engancha con ese amor novedoso, no racional ni calculado ni preparado. No. El amor es espontáneo, es necesitado y no se avergüenza de manifestarlo. Sólo el que sabe de lo que carece se siente en

disposición de encontrarlo. Y hemos de pedirlo con la naturalidad con la que lo pedía Pilar, una *"novia"*, así decía ella, que tuve en el club del Encuentro, discapacitada, y que era feliz con que yo danzase con ella, me pusiese un ratito a su lado, le contase cualquier historieta o nos comiésemos un bocadillo juntos. Pilar murió, pero la ternura que emanaba de ella quedó para siempre en mi mente como un reto con el que aprender más y más, cada día más, sobre los pobres, menesterosos, oprimidos, pecadores y abandonados del sistema de la vida loca y apresurada en la que vivimos.

Así podemos ser cada uno de nosotros, a la hora de programar nuestra formación en la parroquia. Así podremos, con sabiduría y ternura, aprender a andar por esa selva inaccesible del dolor humano, al que hemos de dar respuesta con nuestra entrega servicial y con nuestra palabra, capaz de iluminar el sufrimiento de los menesterosos del sistema socioeconómico que nos rompe y deja a tantos tirados en el margen de la vida. Los marginados.

Hemos de aprender a ser unos menesterosos del amor de Dios y del amor de los hermanos para que podamos gozarlo y experimentarlo con hondura y con veracidad. *"Él enaltece a los humildes"*. Ni que decir tiene que un laico cristiano que quiera servir a la misión de la Iglesia debe conocer, mediante una formación adecuada, a los santos inocentes que se extienden a lo largo y ancho de la parroquia, de la diócesis y de la tierra.

Millones de hambrientos, de oprimidos, de menesterosos, que no tienen ni siquiera lo esencial para vivir. Formarnos bien, y que la parroquia nos ofrezca los medios oportunos para ello, para luchar por ellos y por su dignidad es tarea esencial para nosotros que queremos participar de la misión de Cristo. Nunca ha servido una formación evasiva y apartada del sufrimiento de los santos inocentes. Ellos son el camino más evidente para nuestra entrega. *"Bienaventurado tú, porque tuve hambre y me diste de*

*comer, tuve sed y me diste de beber, estuve enfermo y me visitaste, en la cárcel y me viniste a ver".*

Nosotros también esperamos que un día, el Señor nos diga: *"Entra al banquete de tu Señor"*. Bienaventurados ellos y nosotros si nos formamos para servirlos.

Si ser menesteroso o servidor de los menesterosos es la condición indispensable para entrar en el Reino. Hemos de formarnos bien, en la tradición de la Iglesia, para que a todos se nos allane el camino.

## **H.- LA FORMACIÓN NOS AYUDA A QUE CADA DÍA REALICEMOS UN NUEVO RECONOCIMIENTO.-**

Hemos de *aprender a reconocer*. La verdad que se descubre, según se avanza en la formación cristiana, es que el viaje formativo no se dirige a ninguna parte. Es un viaje a la nada; y, sin embargo, en el reconocimiento de la nada progresiva, aparece reluciente el todo. Es el viejo dilema místico en torno al todo y a la nada, magistralmente expresado por San Juan de la Cruz <sup>4</sup>.

En la verdadera formación cristiana no hay nada que se pueda pesar, medir o contar. El encuentro formativo, que nos encamina hacia Dios y hacia lo profundo del amor hacia nuestros semejantes, a los que queremos transmitir el soplo de vida que es la Buena Nueva del evangelio, es un encuentro con lo inenarrable, con lo incontable y con lo etéreo, desde un punto de vista material o consumista. Es un encuentro con la dura nada, según el parámetro de lo apetecible y lo interesante en esta sociedad. *¿Cuánto cuesta?*, que es la pregunta del realismo de nuestro mundo, es una pregunta que no puede hacerse en la formación cristiana. Si uno la hace se encuentra con que la respuesta es NADA. *¿Cuál es la forma de esta*

---

<sup>4</sup> *"Y para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada..."*, y otras muchas citas. San Juan de la Cruz, *Obras Completas, Carta 17*, Ed. B.A.C., Madrid 1982, p.889.

*formación?* NINGUNA. *¿Cuáles son sus dimensiones?* NO TIENE. *¿Para qué sirve?* PARA NADA. *¿Cómo se usa?* NO TIENE USO.

La formación cristiana, que busca las raíces del Amor, no tiene, pues, aliciente para el ego. Esa es la verdad. No podemos engañarnos. Ahora bien, la formación, a lo largo de los siglos, viene diciendo que si no corres el riesgo de la NADA no acabarás nunca de encontrarte con el TODO. Y aquí, al realizar cada día el acto formativo como laicos cristianos, estamos situándonos en el umbral de un TODO, que no se posee, ni se compra, ni se adquiere por ningún mérito; simplemente se reconoce.

La formación cristiana nos sitúa en la felicidad del reconocimiento. Nos reconocemos visitados, y vivos; la vida nos vive. Nos reconocemos acogidos, en comunión. Nos reconocemos envueltos en la gracia, hijos de un Padre que nos ama y nos arrulla suavemente en sus brazos.

*"El meollo del mensaje bíblico consiste en que creamos en la vida que nos 'vive'. Estar consciente de ello significa haber renacido. Nos es necesario reconocer estas relaciones, captar esta verdad y alcanzar la experiencia de esta vida. Solamente entonces seremos auténticos seres humanos, hombres y mujeres que nos comprendemos a nosotros mismos en la luz de Dios"<sup>5</sup>.*

Y el laico cristiano en formación sabe reconocer que no hay felicidad mayor. Cuando encontremos este tesoro, iremos, venderemos todo lo que tenemos, y lo compraremos. Cuando encontremos esta perla tan fina, venderemos todas las perlas acumuladas, todo lo aprendido, todo lo conocido, todos los conceptos en los que nos han formado, para poder comprarla. Cuando encontremos la moneda perdida saldremos a la calle a vocearlo y comunicarlo a los amigos, a los conocidos, a los pobres y a todo el pueblo de Dios.

---

<sup>5</sup> Willigis Jäger, *Encontrar a Dios hoy a través de la contemplación*, Ed. Narcea, Madrid 1991, p. 96.

Que la formación cristiana nos enseñe el aprendizaje para aprender a reconocer significativamente en la NADA de cada día, el TODO, que es presencia de la comunión con todos y con todo.

### NOTA PERPLEJA.

La formación hemos de tomarla en pequeñas dosis, pues se nos da, también, cada día, a pequeños sorbos. Estemos atentos para saber reconocer los momentos de luz de nuestra formación continuada, en los que seremos visitados. De ese modo, no se nos escapará ningún sorbito de aprendizaje y de conocimiento novedoso del Reino y del hombre nuevo que se nos llama a ser. Volvamos luego a la vida de cada día, al jaleo de la casa, a las decisiones en la ONG, al drama del paro, al lío de la empresa, al suspenso... La vida es un continuo discurrir de acontecimientos que nos adentrarán en el país de la misericordia y del amor. Aprendamos a reconocer y hagámoslo a poquitos, sin ansia alguna y en constante acción de gracias por lo que nos ofrece la madre Iglesia, que es mucho más de lo que merecemos.

Os propongo, para concluir, la gran experiencia, típicamente cristiana, y propia de este tiempo en que estamos, la cuaresma, que no me resisto a dejar de ofrecer: *la cruz*.

La formación, por eso tan pocos laicos y sacerdotes nos la tomamos en serio, no es un camino de rosas y de bienestar burgués, como pretende vender la formación técnica de este agitado siglo. No. El camino formativo es hermoso y bello para un laico cristiano, pero *"el que quiera venirse conmigo que cargue con su cruz y que me siga"*.

No podemos ser vendedores barato de *"una experiencia increíble y magnífica"*, en la que nos vamos a encontrar en una especie de gloria adelantada y con burbujas.

No se nos prometen paraísos artificiales como consecuencia de nuestra buena formación como laicos en el mundo parroquial. *El Señor pasó por la tierra haciendo el bien, curando a los oprimidos por el mal, y dejándose matar cruelmente en una cruz ignominiosa, que no podemos borrar de nuestras mentes, porque es en ella donde se nos ha ofrecido la libertad, el amor y la salvación.*

Son millones todavía los sometidos cruelmente a la cruz. El camino de la gloria pasa por el Calvario. Si queremos ser unos laicos bien formados, hemos de saber que hemos de cargar con la cruz y que, ahí, en esa entrega y despojo de los intereses humanos, encontraremos y encontrará nuestro mundo lo que buscamos.

***"NOS HICISTE, SEÑOR, PARA TI, Y NUESTRO CORAZÓN ESTÁ INQUIETO HASTA QUE DESCANSE EN TI".***

*Confesiones de San Agustín.*

**POR ESO, NO CEJAMOS EN EL EMPEÑO DE  
UNA BUENA FORMACIÓN CRISTIANA.**